



El año taurino en Lima

Por MANUEL SOLARI SWAINE (Zeñó Manué)

CON la ciudad nació en Lima la fiesta de los toros. Pizarro, su fundador—como lo hiciera Carlos V, alanceó reses. Y parece ser que lo hizo en la Plaza Mayor, en el corazón mismo de la villa. La partida de nacimiento de esta urbe, asomada al río y al mar, abierta en jardines y florecida en barroquismos, lleva en su rojo sello el anuncio de que ella será apasionada de la fiesta brava. Lo ha sido siempre. Y lo es hoy.

Por el viejo coso, construido por el Virrey Amat, pasaron las más gloriosas figuras de la categoría moderna. Desde Vicente Pastor, pasando por «el Gallo», «Joselito» y Belmonte, Ortega y Lalande, hasta llegar a «Manolete». Y desde Gaona, pasando por «Armillita», hasta llegar a Procuna y Arruza.

La plaza virreinal estuvo en pie hasta el año de 1943, en el que fué reformada. Se redujo el ruedo y fué aumentada la galería. Pero se salvó su sabor, su acento, esa su solera andaluza que la asemeja a la Maestranza, de Sevilla.

Acaso por la circunstancia de que en la antigua sólo cabían unos siete mil espectadores, se conservó en Lima una afición entendida y exigente, que aun no se ha entregado al «tancredismo» y que no está conforme con el «becerrismo de laboratorio».

El templado clima de la Ciudad de los Reyes permite que durante todo el año se abran las puertas de las plazas—además de la de Acho, con una capacidad de doce mil espectadores, existe la Monumental, con un cupo actual de dieciocho mil, y que, una vez concluida, lo tendrá de treinta mil, para que los numerosos aficionados concurren a su fiesta predilecta.

El año de 1949, como los anteriores, ha sido pródigo en festejos taurinos, habiéndose dado corridas de toros y novilladas. Aquéllas se han realizado con ganado de la dehesa de La Viña, procedente de Parladé y Conde de la Corte, y también con toros españoles, traídos de la Península, por gentil gestión del embajador de España en Lima, señor Fernando María de Castiella y Maíz.



Pepe Luis Vázquez.



Luis Procuna.



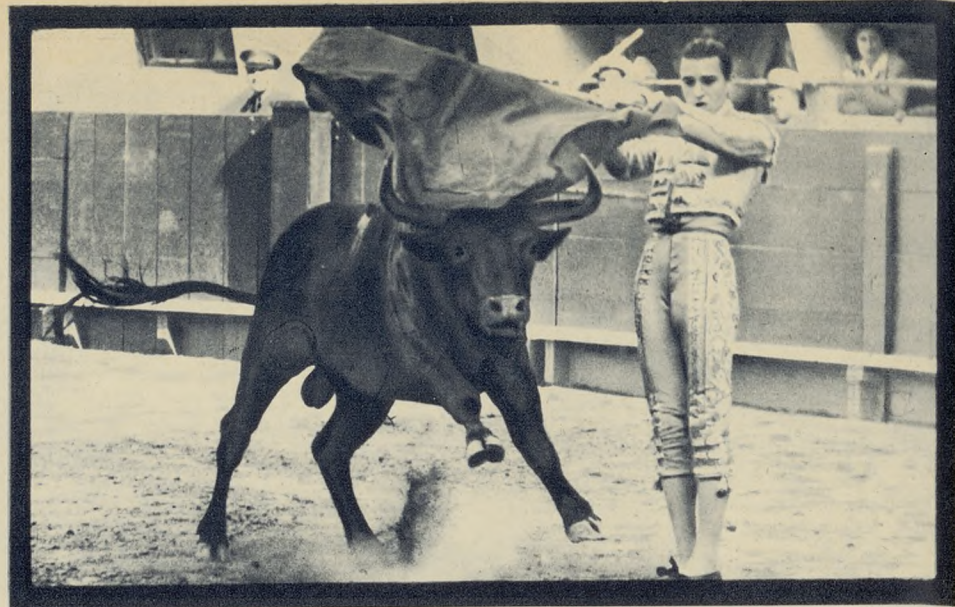
Luis Miguel Dominguín.



Pepe Dominguín.



Raúl Ochoa Rovira.



Pepe Dominguín, en un ayudado por alto, durante una de las corridas celebradas en la plaza Monumental, de la capital peruana.

La primera temporada realizóse en el mes de marzo. Alternaron «Andaluz», «el Choni», Rovira, Procuna y el peruano Rafael Santa Cruz, a quien se concedió la alternativa.

El clasicismo de Manuel Alvarez («el Andaluz»), especialmente al torear con el capote y al matar; el valor de Jaime Marco («el Choni»), así como los comprometidos terrenos que pisa Rovira y su magistral manera de estoquear, provocaron entusiastas aplausos. Pero el triunfador fué el mejicano Luis Procuna, artista en el que se reúnen la gracia y la temeridad, flor encendida de emoción, un tanto marchita ya en las cálidas arenas por ausencia del toro de trapío, y que en estas tierras del Perú ha sembrado vibraciones que parecían muertas. Rafael Santa Cruz, inmaduro aún, pero dueño de una rara personalidad—los lentos ritmos y la melancolía propios de su raza negra producen plasticidades de auténtica calidad—, anduvo desconcertado ante los toros, no obstante lo cual logró instantes bellísimos.

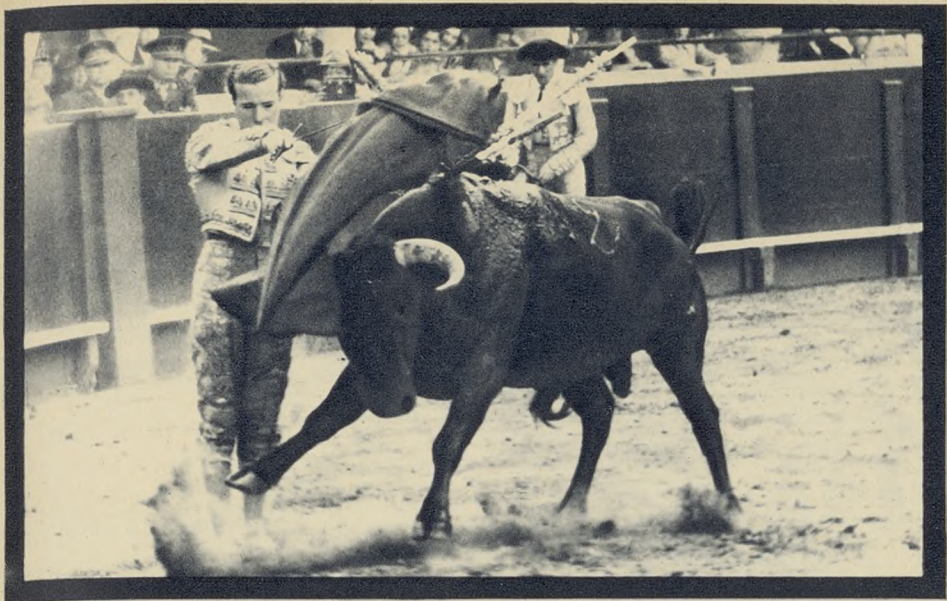
Con ocasión de la Feria del Señor de los Milagros, se llevó a cabo una temporada en la que se juntaron toreros ibéricos de grandes relieves y reconocidas ganaderías de los campos andaluz y castellano.

Pepe Luis Vázquez, Antonio Bienvenida, Pepe Dominguín, Rovira y

A la izquierda: Antonio Bienvenida, vencedor de la Feria de Lima, en la que ganó, por la mejor faena realizada en la Feria, el «Escapulario de Oro» del Señor de los Milagros.

Antonio Bienvenida, durante la faena cumbre que le valió el citado galardón.





Pepe Luis Vázquez tuvo también una destacada actuación en esta Feria. Aquí le vemos iniciando una faena con un ayudado por alto.

Luis Miguel Dominguín alternaron, obteniendo tardes brillantes y actuaciones opacas.

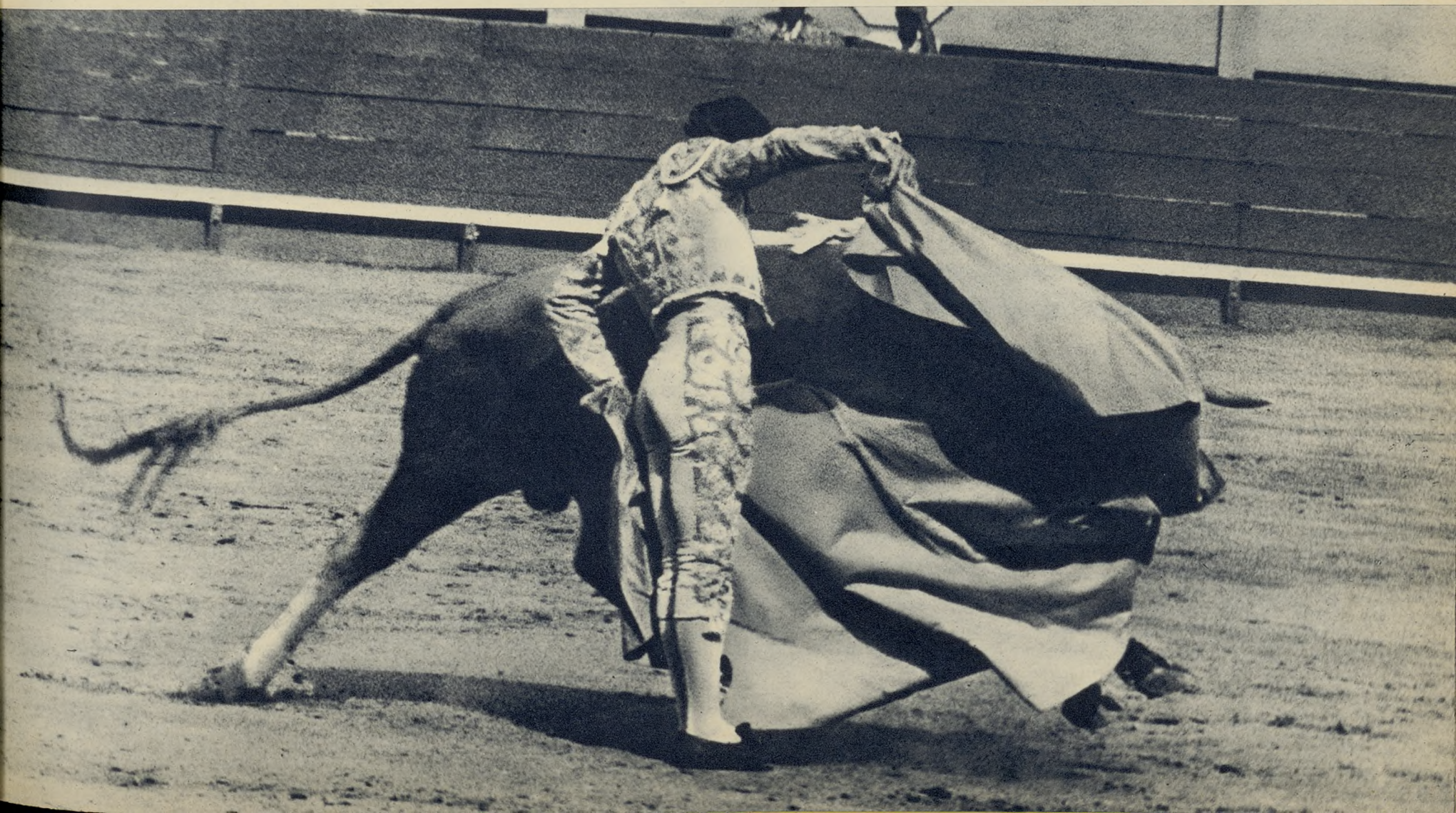
Luis Miguel hizo ver a los limeños que es lidiador poderoso, tranquilo, sereno y que el «cángel» no amanece en su dureza, muévase, en cambio, su muleta con largueza y lentitudes asombrosas. Fué claromamente ovacionado en dos faenas magistrales. Y hubo tardes en las que por insignificancia de los cornúpetas y ante alardes desproporcionados con los escasos riesgos que ofrecían sus adversarios, el público abucheó al coleta.

Pepe Luis Vázquez nos mostró su calidad y también su desgana. La incomparable y alada armonía de su capote, la majeza con la que cita para el pase natural, la lentitud con la que barre el lomo de los toros cuando su muleta—rubí antiguo o clavel inmarchitable—esculpe el pase de pecho, fueron las más bellas flores sembradas en el aire de Lima. Su desconfianza y desgana, su enmendarse al torear y su desconcierto al herir encendieron la bronca más ruidosa.

Antonio Bienvenida—que en Lima goza de un gran cartel, porque las dos veces que nos ha visitado ha cosechado grandes éxitos—ratificó su categoría realizando la mejor faena de la Feria. Su toreo límpido, la forma

Ana María Alvarez Calderón, Reina de la Belleza de América, tocada con la clásica mantilla española, preside una de las corridas de la Feria.

El diestro mejicano Procuna, que triunfó clamorosamente en sus actuaciones durante la Feria, en una verónica.



El matador de toros «el Choni», con la taleguilla desgarrada, muletea con arrojo uno de sus toros.



Rafael Santa Cruz.



Luis Miguel Dominguín.



Manuel Alvarez, «el Andaluz».



Raúl Ochoa Rovira.

perfecta como inicia, realiza y remata sus muletazos, su colocación en el anillo, la oportunidad de sus intervenciones; en una palabra, su categoría de lidiador—el que, al margen de modas, sea un torero de ayer, de hoy y de siempre—y su calidad de artista le hicieron merecedor del «Escapulario de Oro» del Señor de los Milagros, galardón con el que se premia al torero triunfador.

Rovira nos hizo ver su extraordinario valor, la estrechez de las distancias a las que se pasa los toros, la manera como aguanta y la impecable ejecución de su volapié. Y, al lado de las mejores faenas ejecutadas por él en Lima, pudimos ver también las de menor mérito. Aquellas en las que los enemigos le vinieron anchos, impidiéndole apretar y facilitándole el poner de manifiesto la escasez de sus recursos.

Pepe Dominguín se hizo ovacionar por la gallardía con que ejecuta el segundo tercio. Colocó algunos pares cediendo todas las ventajas a sus enemigos, que causaron verdadera sensación. Al valor de que da muestras al muletear se opuso su falta de personalidad y, a veces, su embarullamiento.

A principios del año, antes de que se iniciara la primera de las temporadas formales mencionadas, se llevaron a cabo algunas novilladas, con la participación de los novilleros nacionales Adolfo Rojas, Juanito Guerrero,

Trujillano II, Isidoro Morales, Humberto Valle y Jesús Elías y del mejicano Juan de la Cruz. Por su valor sobresalió Adolfo Rojas. La actuación de los restantes careció de relieves.

Entre una y otra temporada hubo novilladas a cargo de los españoles «Belmonteño», Juan Doblado y Juanito Pérez; de los mejicanos «Chato Mora» y Licho Muñoz; del colombiano Ernesto Gonzales y del peruano Fernando Alday. La nota torera la dió «Belmonteño».

Concluidas las corridas de Feria, se anuncian novilladas con la participación de Adolfo Rojas, Nito Ortega y otros...

Y así, entre corridas de tronío y novilladas modestas, entre ovaciones impresionantes, rechiflas agudas y opacos silencios, ha transcurrido este año taurino limeño. Uno más en la historia. Y uno más en el recuerdo.

En el ruedo viejo y caliente y en la arena nueva y ventosa yérguense la maestría de Bienvenida y Luis Miguel, la cadente vibración de Procuna, la sutileza de Pepe Luis y el valor de Rovira y Pepe Dominguín.

Y se diluye la pequeñez de los toretes, su falta de respeto, su docilidad, tan ajenas a la fiereza del toro de lidia y tan culpables de la degeneración de la más bella y gallarda de las fiestas.